

dad respecto de la serie de investigaciones que se han necesitado para descubrirlas, la falta de firmeza en las deducciones, la facilidad de declinar del camino señalado por la lógica para llegar á lo verdadero, en breves palabras, la incertidumbre, la duda, ó lo que es peor, el error. Sobre esto dá un testimonio irrefragable la historia de las ciencias: ella nos presenta una serie no interrumpida de inteligencias ocupadas sin cesar en la investigacion de lo verdadero en todos los ramos á que puede extenderse el saber humano: y en las ciencias ¿cuántas controversias, y cuántos opuestos pareceres no se encuentran? Se han hecho, es cierto, descubrimientos importantes; ¿pero cuántas veces han pasado siglos para que se llegue á un descubrimiento? ¿y cuántas cosas se ignoran todavía? ¿cuántas cuestiones están por resolverse? ¿en cuántas solo se hallan dificultades hasta ahora insolubles por una y por otra parte? Mas las verdades que el hombre necesita saber para tranquilizarse respecto de su origen, de sus esperanzas, de su porvenir, para conocer con exactitud el carácter de sus obligaciones y lo que debe hacer para asegurar su felicidad, son mucho mas encumbradas que aquellas otras cuya conquista han costado á las ciencias siglos de trabajo incesante, son mucho mas altas todavía que otras que hasta el presente han dejado burlados todos los esfuerzos que han hecho los sabios por alcanzarlas. ¿Cómo pues, podria esperarse que la humana inteligencia por sí sola llegara á hacerse poseedora de estas altísimas verdades, hacerse poseedora, decimos, conociéndolas sin vacilacion, con toda seguridad y certidumbre? Le era pues indispensable otro medio y este se lo presentó la Providencia en la fé.

Estudiando al Catolicismo segun que satisface esta grande necesidad, para demostrar que la fé católica es verdaderamente la que el hombre necesita, nos propusimos hacer ver que reunia estas condiciones: 1.^a enseñar cosas dignas de Dios y del hombre; 2.^a tener seguridad y certidumbre; 3.^a ser adecuada á los grandes intereses por los cuales la fé es necesaria al hombre. Hicimos ver que la fé católica tenia la primera condicion; ahora pasamos á demostrar que se encuentra en ella la segunda.

Se ha dicho muy bien que el Catolicismo no solo está demostrado, sino que es la única religion que tiene pruebas. Imposible seria en los estrechos límites de este artículo, no solo desarrollar, pero ni aun siquiera poner el índice de la infinidad de demostraciones con que los apologistas establecen de la manera mas incontrastable la verdad y divinidad de nuestra augusta Religion; sin embargo, para desempeñar nuestro objeto fijaremos brevemente la atención en algunos de sus caracteres de verdad en contraposicion con el protestantismo que últimamente ha venido á combatirla entre nosotros.

Solo la Iglesia Católica nos une con el Divino Fundador del Cristianismo: solo ella tiene su historia continuada sin interrupcion desde Jesucristo hasta nosotros. Esta historia empieza en el Evangelio con el Nacimiento, Predicacion, Pasion, Muerte, Resurreccion y Ascension á los Cielos del Salvador de los hombres; y en él tenemos tambien la eleccion de los primeros Pastores, las facultades que se les concedieron para gobernar á la Iglesia, el primado de uno de ellos, las promesas de la asistencia divina á la Iglesia hasta el fin de los siglos, la mision de los Apóstoles para predicar el Evangelio por todo el mundo. Esta historia católica continúa en el Libro Sagra-

do de los Hechos Apostólicos: terminan los Evangelios en la Ascension del Señor y con este mismo misterio da principio el Libro de los Hechos Apostólicos; y en él encontramos el cumplimiento de la promesa que habia hecho el Salvador á sus Apóstoles, primero en Jerusalem despues en otra multitud de naciones paganas, y los grandiosos principios de la Iglesia naciente, y la rápida propagacion del Cristianismo, y las furiosas persecuciones que empezó á sufrir desde su origen, y la eleccion de otros muchos Pastores y colaboradores de los Apóstoles en el ministerio sagrado, y la organizacion de las Iglesias, y la celebracion de los divinos Misterios, y el ejercicio de la autoridad espiritual, y aun la celebracion de los concilios.

Esta misma Iglesia fundada por Jesucristo, propagada y regida despues por los Apóstoles y otros Pastores instituidos por ellos, con la autoridad que les habia dejado el mismo Jesucristo, esta misma es la que se ve atravesar la prolongada série de diez y ocho siglos y medio extendiéndose siempre por toda la tierra, siendo siempre regida por Pastores cuya autoridad emana de la fuente primitiva de la autoridad apostólica, y conservando intacto el depósito sagrado de la doctrina que recibió de los Apóstoles: esta misma es la que en el siglo XIX se presenta con aquellos insignes caracteres de verdad con que la designó un concilio de los primeros siglos, que son la unidad, la santidad, la universalidad en su extension y la apostolicidad en su origen y autoridad.

Si los Hechos Apostólicos nos presentan ya á la Iglesia extendida por el mundo y organizada, tenemos que en escritores que fueron enseñados por los Apóstoles se continúa hablando de esta misma Iglesia, de tal manera, que nadie puede dudar que la Iglesia á que pertenecieron y de que hacen mención San Ignacio, San Clemente, San Dionisio. San Policarpo es absolutamente la misma de que se habla en los Hechos Apostólicos y que fundaron los maestros de estos escritores que fueron los mismos Apóstoles. Algunos discípulos de los Apóstoles alcanzaron hasta el siglo segundo: en este tenemos además otros muchos escritores entre quienes los hubo que hubieran aprendido de los que fueron inmediatos discípulos de los Apóstoles, como San Ireneo discípulo de San Policarpo. ¿Quién podrá dudar que la Iglesia á que pertenecieron y de que dan clara noticia en sus escritos S. Justino, San Ireneo, Atenagoras y otros es la misma Iglesia que fundaron los Apóstoles y que habia continuado hasta su tiempo? De esta misma Iglesia tenemos ilustres testimonios en el siglo III, en las obras de San Clemente Alexandrino, Tertuliano, San Cipriano, San Gregorio Taumaturgo y otros muchos: la misma se nos presenta en el siglo IV y en el V en los luminosos escritos de San Hilario, San Cirilo de Jerusalem, San Atanasio, San Basilio, San Gerónimo, San Ambrosio, San Agustin, San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alexandria, y otros muchos. Nadie puede dudar que la Iglesia perseguida por los Emperadores romanos por espacio de trescientos años, la Iglesia á que se adhirió Constantino cuando abandonó el gentilismo y que se hallaba entonces propagada por todo el imperio romano y mucho mas allá de los límites del imperio romano, es la misma que fundaron los Apóstoles.

Esta misma Iglesia es la que encontraron los bárbaros establecida en Eu-

ropa cuando se derramaron como torrente y acabaron con el antiguo y caduco imperio de los romanos. Entonces esta Iglesia brilló con raro esplendor y ostentó una firmeza muy superior á todo lo que es puramente humano, porque solo ella se salvó en la gran catástrofe; y cuando se ofuscó para siempre la majestad del imperio romano apareció mas grande el poder del sucesor del humilde pescador de Galilea, que contuvo en nombre de la Religion á aquel feroz devastador que mereció ser llamado el *azote de Dios*.

Esta misma Iglesia es la que domó á los salvajes del Norte con la encantadora belleza de sus dogmas, con la santidad de su moral, con el esplendor de su culto, con la magnificencia de sus promesas y con el secreto pero efficacísimo poder de aquella gracia celestial que va unida á su predicacion. Ella conquistó á los conquistadores, sujetó á los desoladores de la Europa, refundió en un solo cuerpo á los vencedores y á los vencidos, formó las nuevas sociedades europeas y crió la brillante civilizacion cuya marcha majestuosa se propuso entorpecer el protestantismo. Ella siempre fomentó las luces, y á ella pertenecieron los génios elevados que combatieron el error y dilucidaron con sus escritos las verdades de la Religion: se honraron de contarse entre sus hijos San Gregorio Magno, San Isidoro de Sevilla, San Juan Damasceno, San Bernardo, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura.

Esta Iglesia muestra la série de sus Pastores desde S. Pedro hasta Pio IX. Respecto de todos los lugares de la tierra donde se ha propagado, nos dice la Historia que le pertenecieron y recibieron de ella la autoridad los varones apostólicos que fueron allí á predicar el Evangelio. Esta iglesia ha sorprendido *in flagranti* á todos los novadores, á todos los herejes, y á todos, dice un católico escritor, les ha dicho en el acto mismo de la innovacion: «Tú mismo no creias ayer lo que ahora empiezas á enseñar.» Y por esto la Historia eclesiastica nos presenta constantemente por una parte á la Iglesia universal que partiendo desde la época misma del Salvador, atravieza majestuosa todos los siglos que han transcurrido desde entonces hasta nuestros dias, y por otra una infinidad de herejias tan variadas como era de esperarse que las produjera la inquieta movilidad del espíritu humano: á la Iglesia no permite señalarle origen sino en Jesucristo; pero respecto de cada una de las herejias nos dice quién la inventó, en qué tiempo y en qué lugar apareció, quiénes la protegieron, quiénes la atacaron, y siempre nos presenta á la Iglesia mas antigua que todas las herejias á quien estas hallaron en posesion de la Religion y que ha sido la que á todas las ha condenado.

Nos dice tambien la Historia que al protestantismo le ha cabido la misma suerte que á todas las herejias: nos señala quien fué su primer inventor, el desgraciado Martin Lutero, quienes fueron los otros corifeos de sus primeras divisiones y sectas, Zuinglio, Calvino, Enrique VIII, etc.; y así tambien en las divisiones posteriores del protestantismo, va señalando la Historia á sus autores, antes de los cuales no existia la secta de que ellos se hicieron cabeza. Cuando Lutero inventó el protestantismo, encontró á la Iglesia Católica en posesion de la Religion Cristiana: nadie antes de él habia sido protestante; la Europa toda era católica; él mismo habia sido católico, y ca-

tólicos eran tambien todos los desgraciados á quienes arrastró á su rebellion. A Lutero lo condenó la misma Iglesia que en todos tiempos habia condenado á todos los herejes, y lo mismo que á todos los demas le dijo: «Tú no creias ayer lo que ahora enseñas.» ¿Y podria negarlo Lutero siendo así que habia nacido de padres católicos, que habia sido educado en la Religion Católica, habia asistido á los templos católicos, habia reconocido al Papa y á los demas Pastores católicos, habia recibido los Sacramentos de los católicos, habia hecho profesion religiosa en un instituto monástico aprobado por la Iglesia Católica, se habia obligado con los votos religiosos que aprueba la misma Iglesia, y en fin, el dia en que cayó en el primer error, tenia tantos años de ser católico, cuantos eran los que contaba de vida? Esto mismo sucedió á Calvino, á Bucero, á Zuinglio etc. ¿Y qué diremos de Enrique VIII que aun habia escrito contra Lutero y habia sido llamado el *Defensor de la Fé*? ¿No seria él un novador? ¿No lo serian los otros que hasta la época de su rebellion habian sido católicos? ¿No lo serian los que los siguieron?

El protestantismo pues, en su mismo nacimiento encontró dominante en el antiguo mundo á la Iglesia que venia desde el tiempo de los Apóstoles; se separó de ella y formó una secta aparte con todos los caracteres que en todos los siglos han sido los distintivos de la herejia, y lo mismo que respecto de todas las demas herejias, la Historia le señala su primer inventor, el lugar y la época de su nacimiento, así como tambien designa los inventores, tiempos y lugares del apareamiento de las diversas sectas en que se ha ido dividiendo, y nos dice que el anatema que fué fulminado contra él, lo fué por la misma Iglesia que en todos los siglos que habian precedido habia condenado todos los errores. No fué pues otra cosa el protestantismo sino otra rama mas separada del frondosísimo árbol de la Iglesia de Jesucristo.

Pero esta Iglesia prosiguió su marcha con serenidad: creían sus enemigos que ya iba á quedar para siempre sepultada en el olvido; y ella apoyada en las promesas del Señor, creyó que habia de atravesar todavia por todos los siglos que hubieran de transcurrir hasta llegar á la consumacion de los tiempos, y sostenida con esta fé, sin cesar de luchar con los nuevos enemigos que se le presentaron en Europa, emprendió la gloriosa conversion del Nuevo Mundo y dilató sus dominios por toda la extension del vasto continente Americano, y pasó mucho mas allá y adquirió en el Oriente del Asia multitud de hijos para Jesucristo.

Mas de tres siglos y medio cuenta ya el protestantismo de luchar inútilmente contra esta Iglesia; y ella sin embargo permanece invencible. ¿Podrán negar los protestantes que la Iglesia Católica que combaten en el siglo XIX, es la misma que combatieron en el siglo XVIII, en el XVII y en el XVI, la misma de que se separó Lutero, la misma á que perteneció Lutero antes de ser protestante, á que pertenecieron Calvino, Zuinglio, Enrique y todos los demás que despues de Lutero cayeron en los errores del protestantismo, la misma que al nacer el protestantismo se hallaba establecida y dominando en el viejo mundo? Luego los mismos protestantes con sus hostilidades, con sus ataques incesantes estan dando testimonio de la no interrumpida permanencia de la Iglesia Católica desde hoy hasta la época anterior á la rebellion de Lutero, es decir, hasta mas de tres siglos y

medio antes de la época presente: ellos mismos nos están uniendo con los católicos anteriores á Lutero y están asegurando la identidad de la actual Iglesia Católica con aquella que en su origen encontraron establecida en el mundo: sin su voluntad nos hacen este servicio. Y si esta Iglesia es la misma que se va remontando desde antes de Lutero por todos los siglos precedentes hasta llegar á la época de la invasion de los bárbaros, y desde esta época hasta la de la conversion de Constantino, y desde aquí por los siglos de las persecuciones hasta llegar á los Apóstoles y por ellos á Jesucristo. ¿No es evidentísimo que los católicos somos los que nos encontramos en la única verdadera Iglesia fundada por el Salvador y regida con la autoridad que El estableció, y por consiguiente que los católicos somos los únicos poseedores de la verdadera fé? ¿Qué mayores pruebas podemos apetecer de que es divina la Iglesia á que pertenecemos, divina la Religion que profesamos, divina, y por lo mismo, enteramente segura la fé á que sometemos nuestra inteligencia? (Continuará)

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

OBSERVACIONES AL DISCURSO APOCRIFO Y HERETICO ATRIBUIDO AL SR. OBISPO STROSSMAYER CONTRA LAS PREROGATIVAS DEL SUMO PONTIFICE Y REPRODUCIDO EN VARIOS PERIODICOS. — EXAMEN DE LOS DEMAS ARGUMENTOS ADUCIDOS CONTRA EL PRIMADO DE SAN PEDRO.

VI

«Cuanto mas lo examino, ¡Oh venerables hermanos!» añade el detractor del Sr. Obispo de Sirmio, «tanto mas estoy convencido de que en las Sagradas Escrituras el hijo de Jonás no parece ser el primero. Ahora bien; mientras nosotros enseñamos que la Iglesia está edificada sobre San Pedro, San Pablo, cuya autoridad no puede dudarse, dice en su Epístola á los Efesios (cap. 2 v. 20.) que está edificada sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.»

Tenemos, pues, que este enemigo del Pontificado, si habla con sinceridad, ve ménos con mayor cantidad de luz, ó á proporcion que mas mira menos vé. De cualquier modo que sea, la vista de su inteligencia se encuentra enferma de aquella enfermedad mortal de que habla la Escritura cuando diciendo: *Aure audietis, et non intelligetis; et videntes videbitis et non scietis*, pinta de un golpe la deplorable situacion de los contumaces y especialmente de los infelices en que se ha extinguido el brillante esplendor de la fé. La ceguedad del supuesto Strossmayer no es cosa nueva. La fé ha sido siempre la antorcha de la razon, y cuando la primera es apagada por el soplo insensato del orgullo de la segunda, es natural que esta quede sepultada en las lóbregas sombras del error y de la mentira y que por mas que abra los ojos para contemplar el aspecto consolador y sublime de la verdad, ó densas tinieblas le intercepten los refulgentes resplandores de esta, ó el brillo demasiado intenso de ellos le ofusque su mirar y ciegue sus dañados ojos. Esto ha sucedido siempre y seguirá veri-

ficándose mientras la palabra de Dios tuviere su cumplimiento sobre la tierra. Mientras mas plagas y azotes mandó Dios contra Faraon, tanto mas empedernido quedó su corazon, hasta que el abismo del Mar Rojo devorándole con sus enormes fauces le sepultó con todo el ejército en su profundo seno. Cuanto mas señalados fueron los favores que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob hizo llover sobre el pueblo predilecto, con tanta mas perfidia tiñó este sus deicidas manos en la sangre inocentísima del Cordero sin mancilla, tanto mas tupido fué el velo corrido ante sus ojos para impedirle reconocer en Jesucristo al *Esplendor de la gloria, al Hijo Unigénito del Padre*, y para precipitarse frenético al mas espantoso crimen que hace aun palidecer la frente y erizarse el cuerpo. Igual cosa sucede á los que caen en la desgracia inmensa de abandonar la Fé que nutriera sus almas en tiempos mas serenos. Tienen ojos y no ven; oídos y no oyen, y cuanto mas examinan, cuanto mas miran la esplendidez de la verdad, tanto mas se ciegan, tanto mas se alucinan con el brillo siniestro que del error les presenta su fantasía calenturienta, envuelta y arrastrada por el impetu de la irreligion y la impiedad. Del número de estos es el supuesto padre del Concilio Vaticano, si verdaderamente salen de su corazon estas palabras: *cuanto mas lo examino, tanto mas estoy convencido de que en las Sagradas Escrituras el hijo de Jonás no parece ser el primero*. Mas veamos el pasaje de la Biblia en que por esta vez intenta respaldar su obstinacion injustificable. San Pablo va á ser por ahora el blanco de sus calumnias.

«Ya no sois extranjeros, ni advenedizos:» dice el Apóstol á los cristianos de Efeso, «sino que sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios:

Edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, en el mismo Jesucristo, que es la principal piedra angular.

En el cual todo el edificio que se ha levantado, crece para ser un templo santo en el Señor.»

¿De aquí pretende inferir el autor del discurso que la Iglesia no está fundada sobre San Pedro? ¿Qué nombre merecerá semejante lógica? Pero vayamos al argumento. Ciertamente Jesucristo mismo es la principal piedra angular de la casa de Dios. Sobre El, como sobre fundamento, descanza y se levanta soberbio todo el edificio católico, y todas y cada una de las partes, distribuidas en sus lugares respectivos, van formando el templo santo y místico de Dios. Todos los fieles, lo mismo los salidos del judaismo que los convertidos del gentilismo, están edificados sobre esa misma piedra angular, así entran tambien á la formacion de las paredes de la mansion augusta donde Dios morá por la operacion y virtud del Espíritu Santo. Ya nadie, por tanto, es extranjero ni advenedizo. Todos son conciudadanos de los santos y domésticos de Dios. Así como en el ángulo de una fábrica se unen las dos paredes, del mismo modo los dos pueblos se unen estrechamente en Jesucristo como en la piedra angular suma. El es el fundamento primario y principal; y nadie, absolutamente nadie puede construir sobre otro fundamento principal y primario, porque fuera del que ya está puesto ninguno otro puede ya encontrarse. Ciertamente los Apóstoles y los Profetas son tambien fundamentos secundarios de la Iglesia. ¿Cómo?

Los Profetas, agitadas y envueltas sus mentes en la divina llama de la inspiración sagrada, vieron y contemplaron en lontananza llenos de fe ardiente y de suavísima alegría el espléndido reinado del Mesías, y dóciles á su misión sublime anunciaron y cantaron en sus célicas poesías las batallas y glorias del Ungido, sus triunfos indecibles y eternos, y el establecimiento perpetuo de su Imperio. La voz celestial de aquellos Vates fué la poderosa voz de prevención dada al mundo entero para que concentrando este todas sus fuerzas gastadas por siglos tantos de disipación, se postrara humildemente ante su Restaurador y Médico, y viviera para siempre á la sombra del omnímodo poder del Rey Inmortal é Invisible de los siglos. De este modo los Profetas son fundamentos de la casa del Señor. ¿Y los Apóstoles? El Consolador se derramó sobre ellos en lenguas de fuego é inundó sus almas con todos los divinos carismas para la evangelización de las naciones encomendadas á los mismos por el Salvador. Envueltos en este torrente de luz y amor inextinguibles, diseminaron por todas partes la doctrina purísima del Evangelio, asombraron al mundo con milagros estupendos, confirieron á innumerables el Espíritu Santo que en ellos rebotaba, santificaron á los fieles por medio de los sacramentos, escribieron libros que serán por siempre la admiración y norma del cristiano, fundaron iglesias, las dieron leyes y las gobernaron, crearon obispos é hicieron, en fin, cuanto era conducente á la creación de la naciente y grandiosa sociedad de Jesucristo. Por esto los fieles se dicen también edificados sobre los Apóstoles como sobre un cimiento indestructible. Ahora bien; ¿en todo esto se menoscaba en algo la Supremacía del Gefe del Apostolado? ¿Porque los Profetas hayan anunciado el Imperio del Hijo del Eterno, este nuevo imperio ya no puede tener un Gefe Visible sobre la tierra, un Vice-gerente instituido por el Rey Invisible á quien es dado todo poder en el cielo y en la tierra? Por tan absurda pretensión nadie, ni aun el mismo enemigo del Primado, podrá nunca pasar. Esto equivaldría á negar la autoridad en todos aquellos cuyo advenimiento legítimo al poder ha sido predicho cierta ó conjeturalmente con bastante anticipación por hombres de perspicaz entendimiento y depositarla en los previsores como en los únicos investidos de ella con legitimidad. Esto merecería llamarse la cima del absurdo. ¿Y porque los Apóstoles con una potestad extraordinaria, exigida por las circunstancias excepcionales de la nueva institución, pero siempre como Enviados, como inferiores y subordinados á San Pedro, hayan practicado cuanto practicaron, ya no es el último el Pastor ordinario y la cabeza suprema, queda ya bajo la jurisdicción de sus confirmandos en la fe, ya no se dirigen á él las palabras: *Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia?* ¿Que lógica! ¿Que raciocinios! Absolutamente no se encuentra oposición ninguna entre estar edificada la Iglesia sobre San Pedro y estarlo también sobre sus colaboradores, considerado cada cual en la esfera respectiva de sus atribuciones. Todos tienen una inmensa suma de poder: pero el uno como Pastor ordinario y por derecho habitual, pudiendo extenderlo á los demás Apóstoles si necesario hubiera sido para extinguir un cisma, para reprimir una herejía, (1) para consultar al bien comun

(1) No podían darse estos casos respecto de los Apóstoles porque por la gracia del

de la Iglesia Universal á toda la cual puede hacer extensivas sus disposiciones, y debiendo comunicarlo íntegro á los Pontífices sus sucesores; los otros por derecho extraordinario que no transmitirán á sus posteriores, como inferiores y sujetos al hijo de Jonás. ¿Quién no palpa una enorme diferencia entre la calidad del poder de San Pedro y la del poder de los Apóstoles? ¿Quién no mira descollar siempre la imponente figura del primero en la veneranda asamblea de los doce adalides del Catolicismo?

Las grandes, pues, las inmensas facultades de los Apóstoles no destruyen, no rebajan la Investidura Suprema de San Pedro; presuponen, arguyen, exigen en el mismo la Gefatura, el Principado, la Primacía de honor, de poder y jurisdicción; para que con esto se quitara la ocasión del cisma, dice San Gerónimo; para que la Iglesia se ostente una, por que la urdimbre nace de la unidad, agrega con un rasgo sublime de elocuencia el glorioso mártir Obispo de Cartago.

Y bien; ¿El exámen sincero y detenido de todas estas consideraciones es lo que ha convencido mas al calumniador del Sr. Obispo de Sirmio de que en las Sagradas Escrituras el hijo de Jonás no parece ser el primero? Siendo así, podremos, pues, insistir en que á proporción que este infeliz mas mira menos ve.

VII

«Este mismo Apóstol,» prosigue el escritor que hace de obispo, «cree tan poco en la Supremacía de Pedro, que abiertamente culpa á los que dicen, «somos de Pablo, somos de Apolo.» [1 ad Corinthios, 1, 12], así como culpaba á los que dijese: «somos de Pedro.» Si este último Apóstol hubiera sido el Vicario de Cristo, San Pablo se hubiera guardado bien de no censurar con tanta violencia á los que pertenecían á su propio colega.»

Con semejante método de argumentación muy bien puede el supuesto Strossmayer presentar desde luego como acérrimos impugnadores de todos los privilegios del Pontificado á nosotros mismos que procuramos defenderlos en cuanto lo permiten nuestras fuerzas. Existe casi la misma conexión entre estos dos extremos que la que media entre la conducta de San Pablo y su no creencia en la Supremacía de su colega. Néamoslo:

Una división funesta comenzaba á surgir y á agitarse sordamente en el seno de la naciente Iglesia de Corinto. Algunos falsos doctores, dignos precursores de los que abortaría despues el protestantismo por medio de su execrable propaganda, turbaban la dulce paz evangélica que reinaba entre los neófitos sencillos. Enseñando dogmas diferentes y atribuyéndolos cada cual al Apóstol de quien se gloriaba de ser discípulo, con tanta ignorancia ó mala fe como la que en el mismo sentido resalta frecuentemente en nuestros modernos reformadores, arrojaban por todas partes la simiente de la discordia, formaban partidos religiosos de los cuales se erigian en gefes y haciendo oscilar las mentes de los fieles á impulso de sus doctrinas

Espíritu Santo estaban exentos de todo pecado grave; pero sino se les hubiera concedido esta exención, si hubieran podido caer en cisma ó herejía, tenia San Pedro toda la potestad que se requiere para reprimir estos males.

*